Arquitrave

Xavier Villaurrutia • Salvador Novo • Efraín Huerta
Octavio Paz • Margarita Michelena • J.E. Pacheco
Manuel Ulacia • Rolando Rosas • Minerva Villarreal
Juan Carlos Bautista

Fotografías de Yuri Valecillo

Tamara Kamenzain

Yo a esta altura de mi vida

Yo a esta altura de mi vida
me siento obligada a ser clara
aunque nada ni nadie me lo pida.
En un poema de 1986 me puse oscura
para decir algo que ahora
diría de otra manera.
Transcribo parte de ese poema con el único fin
de poder usar de nuevo sin avergonzarme
la palabra sujeta:
"Se interna sigilosa la sujeta
en su revés, y una ficción fabrica
cuando se sueña".
Para mí lo urgente a esa edad era
graduarme de mí misma retener
como diploma de adulta mi nombre propio
en una celda impersonal.
Para eso tuve que recurrir a la tercera persona
como si en verdad los sueños de la otra
los pudiera descifrar Tamara.

Arquitrave
Harold Alvarado Tenorio • Director
http://www.arquitrave.com
ISSN: 1692-0066
nº 67, Abril-Junio de 2017

Arquitrave se publica con el patrocinio de A. da Costa e Silva, A. Caballero Holguín, A. J. Ponte, C. Peri Rossi, D. Balderston, D. Cordero, G. Angulo, G. Álvarez Gardeazabal, J.C. Pastrana Arango, J. Prats Sariol, J. Saltzmann, L. A. de Villena, L. M. Madrid, M. Al-Ramli, P. F. Arango Tobón, R. Arraiz Lucca, R. Rivero Castañeda y R. Hill.

Xavier Villaurrutia

Nocturno sueño

Abría las salas
profundas el sueño
y voces delgadas
corrientes de aire
entraban

Del barco del cielo
del papel pautado
caía la escala
por donde mi cuerpo
bajaba

El cielo en el suelo
como en un espejo
la calle azogada
dobló mis palabras

Me robó mi sombra
la sombra cerrada
Quieto de silencio
oí que mis pasos
pasaban

El frío de acero
a mi mano ciega

Xavier Villaurrutia

armó con su daga
Para darme muerte
la muerte esperaba

Y al doblar la esquina
un segundo largo
mi mano acerada
encontró mi espalda

Sin gota de sangre
sin ruido ni peso
a mis pies clavados
vino a dar mi cuerpo

Lo tomé en los brazos
lo llevé a mi lecho

Cerraba las alas
profundas el sueño

Nocturno de la alcoba

La muerte toma siempre
la forma de la alcoba que nos contiene.
Es cóncava y oscura y tibia y silenciosa,
se pliega en las cortinas en que anida la sombra,
es dura en el espejo y tensa y congelada,
profunda en las almohadas y, en las sábanas, blanca.

Los dos sabemos que la muerte toma
la forma de la alcoba, y que en la alcoba
es el espacio frío que levanta
entre los dos un muro, un cristal, un silencio.

Entonces sólo yo sé que la muerte
es el hueco que dejas en el lecho
cuando de pronto y sin razón alguna
te incorporas o te pones de pie.

Y es el ruido de hojas calcinadas
que hacen tus pies desnudos al hundirse en la alfombra.

Y es el sudor que moja nuestros muslos
que se abrazan y luchan y que, luego, se rinden.

Y es la frase que dejas caer, interrumpida.
Y la pregunta mía que no oyes,

que no comprendes o que no respondes.

Y el silencio que cae y te sepulta
cuando velo tu sueño y lo interrogo.

Y solo, sólo yo sé que la muerte
es tu palabra trunca, tus gemidos ajenos
y tus involuntarios movimientos oscuros
cuando en el sueño luchas con el ángel del sueño.

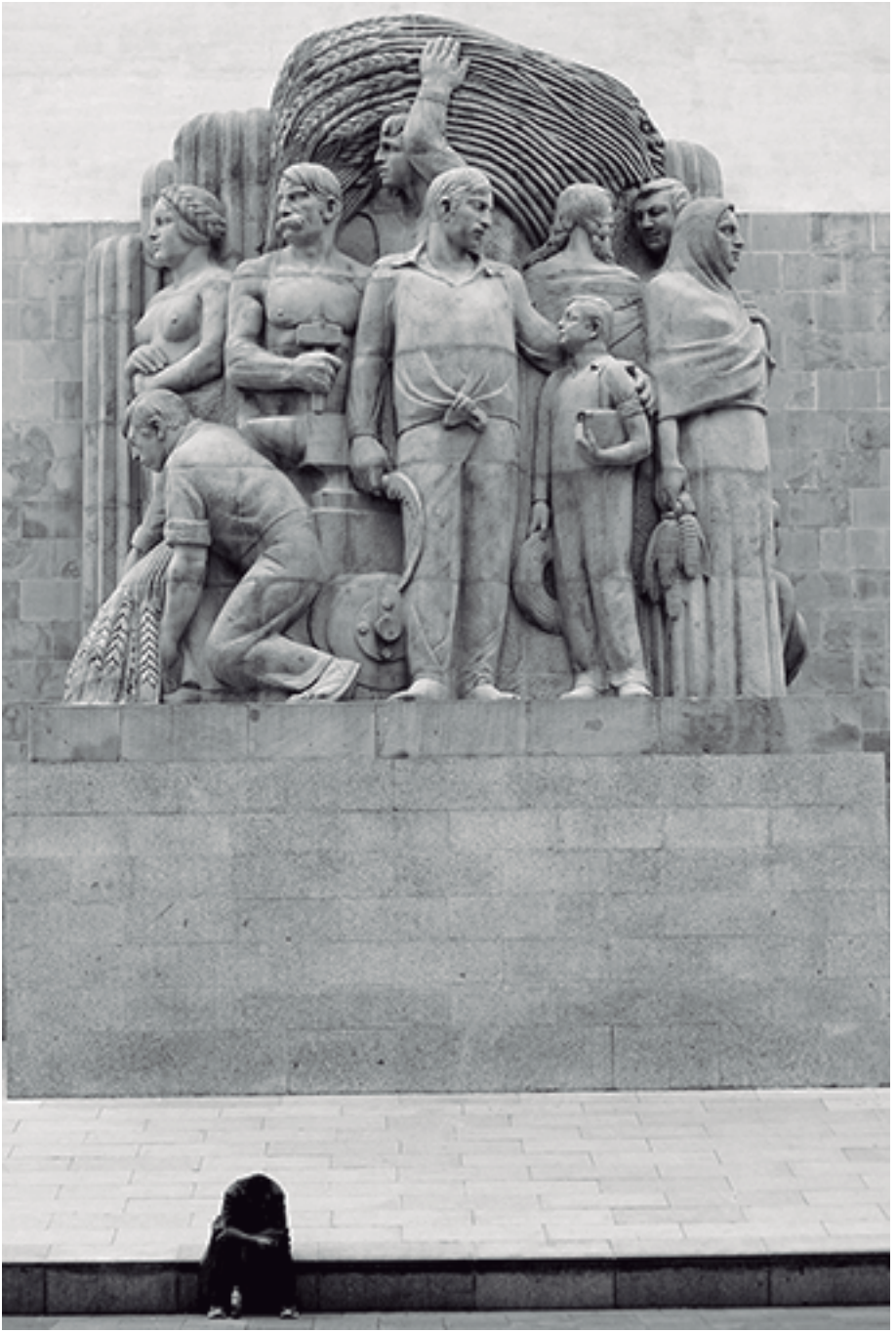
La muerte es todo esto y más que nos circunda,
y nos une y separa alternativamente,
que nos deja confusos, atónitos, suspensos,
con una herida que no mana sangre.

Entonces, sólo entonces, los dos solos, sabemos
que no el amor sino la oscura muerte
nos precipita a vernos cara a los ojos,
y a unirnos y a estrecharnos, más que solos y náufragos,
todavía más, y cada vez más, todavía.

Nocturno de la estatua

Soñar, soñar la noche, la calle, la escalera
y el grito de la estatua desdoblando la esquina.

Correr hacia la estatua y encontrar sólo el grito,
querer tocar el grito y sólo hallar el eco,
querer asir el eco y encontrar sólo el muro
y correr hacia el muro y tocar un espejo.
Hallar en el espejo la estatua asesinada,
sacarla de la sangre de su sombra,
vestirla en un cerrar de ojos,
acariciarla como a una hermana imprevista
y jugar con las fichas de sus dedos
y contar a su oreja cien veces cien cien veces
hasta oírla decir: «estoy muerta de sueño».



Nocturno de los ángeles

Se diría que las calles fluyen dulcemente en la noche.
Las luces no son tan vivas que logren desvelar el secreto,
el secreto que los hombres que van y vienen conocen,
porque todos están en el secreto
y nada se ganaría partirlo en mil pedazos
si, por el contrario, es tan dulce guardarlo
y compartirlo sólo con la persona elegida.

Si cada uno dijera en un momento dado,
en sólo una palabra, lo que piensa,
las letras del «DESEO»
formarían una enorme cicatriz luminosa,
una constelación más antigua, más viva aún que las otras.
Y esa constelación sería como un ardiente sexo
en el profundo cuerpo de la noche,
o, mejor, como los Gemelos que por vez primera en la vida
se miraran de frente, a los ojos,
y se abrazaran ya para siempre.

De pronto el río de la calle se puebla de sedientos seres,
caminan, se detienen, prosiguen.
Cambian miradas, atreven sonrisas,
forman imprevistas parejas...

Hay recodos y bancos de sombra,

orillas de indefinibles formas profundas
y súbitos huecos de luz que ciega
y puertas que ceden a la presión más leve.

El río de la calle queda desierto un instante.
Luego parece remontar de sí mismo
deseoso de volver a empezar.
Queda un momento paralizado, mudo, anhelante
como el corazón entre dos espasmos.

Pero una nueva pulsación, un nuevo latido
arroja al río de la calle nuevos sedientos seres.
Se cruzan, se entrecruzan y suben.
Vuelan a ras de tierra.
Nadan de pie, tan milagrosamente
que nadie se atrevería a decir que no caminan.

¡Son los ángeles!
Han bajado a la tierra
por invisibles escalas.
Vienen del mar, que es el espejo del cielo,
en barcos de humo y sombra,
a fundirse y confundirse con los mortales,
a rendir sus frentes en los muslos de las mujeres,
a dejar que otras manos palpen sus cuerpos febrilmente,
y que otros cuerpos busquen los suyos hasta encontrarlos
como se encuentran al cerrarse los labios de una misma boca,
a fatigar su boca tanto tiempo inactiva,
a poner en libertad sus lenguas de fuego,

a decir las canciones, los juramentos, las malas palabras
en que los hombres concentran el antiguo misterio
de la carne, la sangre y el deseo.
Tienen nombres supuestos, divinamente sencillos.
Se llaman Dick o John, o Marvin o Louis.
En nada sino en la belleza se distinguen de los mortales.
Caminan, se detienen, prosiguen.
Cambian miradas, atreven sonrisas.
Forman imprevistas parejas.

Sonríen maliciosamente al subir
en los ascensores de los hoteles
donde aún se practica el vuelo lento y vertical.
En sus cuerpos desnudos hay huellas celestiales;
signos, estrellas y letras azules.
Se dejan caer en las camas, se hunden en las almohadas
que los hacen pensar todavía un momento en las nubes.
Pero cierran los ojos para entregarse
mejor a los goces de su encarnación misteriosa,
y, cuando duermen, sueñan no con
los ángeles sino con los mortales.

Nocturno en que nada se oye

En medio de un silencio desierto
como la calle antes del crimen
sin respirar siquiera para que nada turbe mi muerte
en esta soledad sin paredes
al tiempo que huyeron los ángulos
en la tumba del lecho dejo mi estatua sin sangre
para salir en un momento tan lento
en un interminable descenso
sin brazos que tender
sin dedos para alcanzar
la escala que cae de un piano invisible
sin más que una mirada y una voz
que no recuerdan haber salido de ojos y labios
¿qué son labios? ¿qué son miradas que son labios?
Y mi voz ya no es mía
dentro del agua que no moja
dentro del aire de vidrio
dentro del fuego lívido que corta como el grito
Y en el juego angustioso
de un espejo frente a otro
cae mi voz
y mi voz que madura
y mi voz quemadura
y mi bosque madura
y mi voz quema dura

como el hielo de vidrio
como el grito de hielo
aquí en el caracol de la oreja
el latido de un mar en el que no sé nada
en el que no se nada
porque he dejado pies y brazos en la orilla
siento caer fuera de mí la red de mis nervios
mas huye todo como el pez que se da cuenta
hasta ciento en el pulso de mis sienes
muda telegrafía a la que nadie responde
porque el sueño y la muerte nada tienen ya que decirse.

Xavier Villaurrutia (Ciudad de México, 1903-1950), abandonó los estudios de Derecho para dedicarse a las letras. Junto con otros intelectuales fundó *Ulises* (1927) y *Contemporáneos* (1928). Jamás abandonó su oposición al nacionalismo cultural y su propuesta de una literatura mexicana en diálogo consigo misma, con el resto de literaturas del mundo y con la esencia del fenómeno poético. Si bien su labor poética fue la más destacable, también realizó una gran labor como crítico literario y dramaturgo. Hizo estudios de teatro en Bellas Artes. En 1928 había fundado con otros escritores el teatro Ulises. Fue becado por la fundación Rockefeller y estudió arte dramático durante en la Universidad de Yale. Escribió una ópera: *La mulata de Córdoba*. Algunas de sus obras son *Décima muerte y otros poemas no coleccionados* (1941), *Canto a la primavera y otros poemas* (1948) y *Poesía y teatro completos* (1953).

Salvador Novo

Retrato de niño

En este retrato
hay un niño mirándome con ojos grandes;
este niño soy yo
y hay una fecha: 1906.

Es la primera vez que me miré atentamente.
Por supuesto que yo hubiera querido
que ese niño hubiera sido más serio,
con esa mano más serena,
con esa sonrisa más fotográfica.

Esta retrospección no remedia, empero,
lo que el fotógrafo, el cumpleaños,
mi mamá, yo y hasta tal vez la fisiología
dimos por resultado.

Salvador Novo

Elegía

Los que tenemos unas manos que no nos pertenecen,
grotescas para la caricia, inútiles para el taller o la azada,
largas y fláccidas como una flor privada de simiente
o como un reptil que entrega su veneno
porque no tiene nada más que ofrecer.

Los que tenemos una mirada culpable y amarga
por donde mira la muerte no lograda del mundo
y fulge una sonrisa que se congela
frente a las estatuas desnudas
porque no podrá nunca cerrarse sobre los anillos de oro
ni entregarse como una antorcha
sobre los horizontes del tiempo
en una noche cuya aurora es solamente este mediodía
que nos flagela la carne por instantes
arrancados a la eternidad.

Los que hemos rodado por los siglos como una roca
desprendida del Génesis
sobre la hierba o entre la maleza en desenfrenada carrera
para no detenernos nunca ni volver a ser lo que fuimos
mientras los hombres van trabajosamente ascendiendo
y brotan otras manos de sus manos para
torcer el rumbo de los vientos
o para tiernamente enlazarse.

Los que vestimos cuerpos como trajes envejecidos
a quienes basta el hurto o la limosna de una migaja que es
todo el pan y la única hostia
hemos llegado al litoral de los siglos que pesan sobre
nuestros corazones angustiados,
y no veremos nunca con nuestros ojos limpios
otro día que este día en que toda la música del universo
se cifra en una voz que no escucha
nadie entre las palabras vacías
en el sueño sin agua ni palabras
en la lengua de la arcilla y del humo.

Salvador Novo (Ciudad de México, 1904-1974) se licenció en Derecho por la Universidad Nacional de México y en la Facultad de Filosofía y Letras hizo estudios de lengua italiana. En 1925 fue nombrado jefe del Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública, y publicó su primer volumen de versos, *XX Poemas*, con sardinas, máquinas *Noisy Steinway*, películas de Paramount, un masajista de Nueva York, redes telegráficas para jugar tenis, ombligos para los filatelistas, poemas vanguardistas, que darán origen, en 1928, a la revista *Contemporáneos*. Su vehemente defensa de la identidad y los valores mexicanos lo llevó a participar en la fundación del Partido Popular Socialista, y en 1946 dio a la imprenta *Nueva grandeza mexicana*, que le hizo merecedor del título de "cronista de la Ciudad de México". En 1967 recibió el Premio Nacional de Literatura, que venía a coronar su importantísima obra de creación literaria y su contribución teórica a los más varios aspectos de las letras mexicanas.

Este perfume

Este perfume intenso de tu carne,
no es nada más
que el mundo que desplazan y mueven
los globos azules de tus ojos,
y la tierra y los ríos azules de las venas
que aprisionan tus brazos.
Hay todas las redondas naranjas
en tu beso de angustia,
sacrificado al borde de un huerto en que la vida
se suspendió por todos los siglos de la mía.

¡Qué remoto era el aire infinito
que llenó nuestros pechos!
Te arranqué de la tierra
por las raíces ebrias de tus manos
y te he bebido todo ¡oh fruto perfecto y delicioso!
Ya siempre cuando el sol palpe mi carne,
he de sentir el rudo contacto de la tuya
nacida de la frescura de una alba inesperada,
nutrida en la caricia
de tus ríos claros y puros como tu abrazo,
vuelta dulce en el viento que en las tardes
viene de las montañas a tu aliento,
madurada en el sol de tus dieciocho años,
cálida para mí que la esperaba.

Junto a tu cuerpo

Junto a tu cuerpo totalmente entregado al mío
junto a tus hombros tersos
de que nacen las rutas de tu abrazo,
de que nacen tu voz y tus miradas, claras y remotas,
sentí de pronto el infinito vacío de su ausencia.

Si todos estos años que me falta
como una planta trepadora que se coge del viento
he sentido que llega o que regresa en cada contacto
y ávidamente rasgo todos los días un mensaje
que nada contiene sino una fecha
y su nombre se agranda
y vibra cada vez más profundamente
porque su voz no era más que para mí oído,
porque cegó mis ojos cuando apartó los suyos
y mi alma es como un gran templo deshabitado.

Pero este cuerpo tuyo es un dios extraño
forjado en mis recuerdos, reflejo de mí mismo,
suave de mi tersura, grande por mis deseos,
máscara, estatua que he erigido a su memoria.

Amor

Amar es este tímido silencio
cerca de ti, sin que lo sepas,
y recordar tu voz cuando te marchas
y sentir el calor de tu saludo.

Amar es aguardarte
como si fueras parte del ocaso,
ni antes ni después, para que estemos solos
entre los juegos y los cuentos
sobre la tierra seca.

Amar es percibir, cuando te ausentas,
tu perfume en el aire que respiro,
y contemplar la estrella en que te alejas
cuando cierro la puerta de la noche.

PALACIO DE BELLAS ARTES

La renovada muerte de la noche

La renovada muerte de la noche
en la que ya no nos queda
sino la breve luz de la conciencia
y tendernos al lado de los libros
de donde las palabras escaparon sin fuga,
crucificadas en mi mano, y en esta cripta de familia
en la que existe en cada espejo
y en cada sitio la evidencia del crimen
y en cuyos roperos dejamos
la crisálida de los adioses irremediables
con que hemos de embalsamar el futuro,
y en los ahorcados que penden de cada lámpara,
y en el veneno de cada vaso que apuramos,
y en esa silla eléctrica
en que hemos abandonado nuestros disfraces
para ocultarnos bajo los solitarios sudarios,
mi corazón ya no sabe sino marcar el paso
y dar vueltas como un tigre de circo
inmediato a una libertad inasible.
Todos hemos ido llegando a nuestras tumbas
a buena hora, a la hora debida,
en ambulancias de cómodo precio
o bien de suicidio natural y premeditado.
Y yo no puedo seguir trazando un escenario perfecto
en que la luna habría de jugar un papel importante,

porque en estos momentos
hay trenes por encima de toda la tierra
que lanzan unos dolorosos suspiros
y que parten,
y la luna no tiene nada que ver
con las breves luciérnagas que nos vigilan
desde un azul cercano y desconocido
lleno de estrellas políglotas e innumerables.

Epifania

Un domingo
Epifania no volvió más a la casa.

Yo sorprendí conversaciones
en que contaban que un hombre se la había robado
y luego, interrogando a las criadas,
averigüé que se la había llevado a un cuarto.
No supe nunca dónde estaba ese cuarto
pero lo imaginé, frío, sin muebles,
con el piso de tierra húmeda
y una sola puerta a la calle.
Cuando yo pensaba en ese cuarto
no veía a nadie en él.
Epifania volvió una tarde
y yo la perseguí por el jardín
rogándole que me dijera qué le había hecho el hombre
porque mi cuarto estaba vacío
como una caja sin sorpresas.
Epifania reía y corría
y al fin abrió la puerta
y dejó que la calle entrara en el jardín.

Efraín Huerta

Responso por un poeta descuartizado

Claro está que murió —como deben morir los poetas,
maldiciendo, blasfemando, mentando madres,
viendo apariciones, cobijado por las pesadillas.
Claro que así murió y su muerte resuena en las malditas
habitaciones donde perros, orgías, vino griego, prostitutas
francesas, donceles y príncipes se rinden
y le besan los benditos pies;
porque todo en él era bendito como el mármol de La Piedad
y el agua de los lagos, el agua de los ríos y los ríos de alcohol
bebidos a pleno pulmón, así deben beber los poetas: Hasta
lo infinito, hasta la negra noche y las agrias albas y las
ceremonias civiles y las plumas heridas del artículo a que te
obligan, la crónica que nunca hubieras querido escribir
y los poemas rubíes, los poemas diamantes, los poemas
huesolabrado, los poemas floridos, los poemas toros, los
poemas posesión, los poemas rubenes, los poemas danos, los
poemas madres, los poemas padres, tus poemas...

Y así le besaban los pies, la planta del pie que recorrió
los cielos y tropezó mil y un infiernos al sonido siringa de los
ángeles locos y los demonios trasegando absintio
(El chorro de agua de Verlaine estaba mudo), ante el azoro
y la soberbia estupidez de los cónsules y los dictadores,
la chirlería envidiosa y la espesa idiotez de las gallinas
municipales.

Maldiciendo, claro, porque en la agonía estaba en su derecho
y porque qué jodidos (¡Jure, jodido!,
dijo Rubén al niño triste que oyó su testamento), ¿por qué
no morir de alcoholes de todo el mundo si todo el mundo
es alcohol y la llama lírica es la mirada de un niño con la cara
de un lirio?
Resollaba y gemía como un coloso crisoelefantino
hecho de luces y tiniebla, pulido por el aire de los Andes,
la neblina de los puertos, el ahogo de Nueva York,
la palabra española, el duelo de Machado, Europa
sin su pan.
Rugía impuramente como deben rugir todos los poetas
que mueren (¡Qué horror, mi cuerpo destrozado!)
y los médicos: Aquí hay pus, aquí hay pus —y nunca
le hallaron nada sino dolor en la piel
limpios los riñones heroicos, limpio el hígado, limpio
y soberbio el corazón
y limpiamente formidable el cerebro que nunca se detuvo,
como un sol escarlata, como un sol de esmeraldas, como
la mansión de los dioses, como el penacho de un
emperador azteca, de un emperador inca,
de un guerrero taíno;
cerebro de un amante embriagado a la orilla de un dulcísimo
cuerpo, ay, de mieles y nardos
(su peso: mil ochocientos cincuenta gramos:
tonelaje de poeta divino, anchura de navio),
el cerebro donde estallaron los veintiún cañonazos
de la fortaleza de Acosasco
y que luego...

Claramente, turbiamente hablando, hubo necesidad
de destrozarlo, enteramente destazarlo como a una fiera
selvática, como al toro americano
porque fue mucho hombre, mucho poeta, mucho vida,
muchísimo universo
necesariamente sus vísceras tenían que ser universales,
polvo a los cuatro vientos, circunvoluciones repletas
de piedad, henchidas de amor y de ternura.
Aquí el hígado y allá los riñones.
¡Dame el corazón de Rubén! Y el cerebro peleado, de garra
en garra como un puñado de perlas.
Aquel cerebro (¡salud!) que contó hechicerías y fue sacado
a la luz antes del alba;
y por él disputaron y por él hubo sangre en las calles
y la policía dijo, chilló, bramó:
¡A la cárcel! Y el cerebro de Rubén Darío —mil ochocientos
cincuenta gramos— fue a dar a la cárcel
y fue el primer cerebro encarcelado, el primer cerebro entre
rejas, el primer cerebro en una celda,
la primera rosa blanca encarcelada, el primer cisne degollado.

Lo veo y no lo creo: ardido por esa leña verde,
por esa agonía de pirámide arrasada,
el poeta que todo lo amó
cubría su pecho con el crucifijo,
el crucifijo, el suave crucifijo,
el Cristo de marfil que otro poeta agónico le regalara
—Amado Nervo—
y me parece oír cómo los dientes le quemaban y de qué

manera se mordía la lengua y la piel se le ponía violácea
nada más porque empezaba a morir,
nada más porque empezaba a santificarnos con su muerte y
su delirio, sus blasfemias, sus maldiciones, su testamento,
y nada más porque su cerebro tuvo que andar de garra
en mano y de mano en garra
hasta parecer el ala de un ángel,
la solar sonrisa de un efebo,
la sombra de recinto de todos los poetas vivos,
de todos los poetas agonizantes,
de todos los poetas.

Efraín Huerta

Juárez-Loreto

La del piernón bruto me rebasó por la derecha:
rozóme las regiones sagradas, me vio de arriba abajo
y se detuvo en el aire viciado: cielo sucio
de la Ruta 85, donde los ladrones
me conocen porque me roban, me pisotean
y me humillan: seguramente saben
que escribo versos: ¿Pero ella? ¿Por qué
me faulea, madruga, tumba, habita, bebe?
tiene el pelo dorado de la madrugada
que empuña su arma y dispara sus violines.
Tiene un extraño follaje azul-morado
en unos ojos como faroles y aguardiente.
Es un jazmín angelical, maligno,
arrancado del zarzal en ruinas.
A los rateros los detesto con todo el corazón,
pero a ella, que debe llamarse Ría, Napoleona,
Bárbara o Letra Muerta o Cosa Quemada,
empiezo a amarla en la diagonal de Euler
y en la parada de Petrarca ya soy un horno
pálido de codicia, de sueños de poder,
porque como amante siempre he sido pan comido,
migaja llorona (Ay de mí, Llorona),
y si ayer pasadas las diez de la noche
fui el vivo retrato de la Novena Maravilla,
ahora sólo soy la sombra de una séptima colina desyerbada.

Alabados sean los ladrones, dice Hans Magnus.
Pues que lo sean: los veo hurtar carteras, relojes, orejas,
pies, nalgas iridiscentes, bolígrafos, anteojos,
y ella, que debe llamarse Escaldada, ni se inmuta.
Vuelve al roce, al foul, al descaro,
se alisa la dorada cabellera
(¡Coño, carajo, caballero, qué cabellera de oro!),
se marea, se hegeliza, se newtoniza,
y pasamos por donde Maimónides y Hesíodo
y pone todavía más cara de estúpida
cuando Alejandro Dumas,
Poe y Molière y los cines cercanos!
Malditilla, malditita, putilla camionera,
vergüenza seas para las anchas avenidas
que son Horacio, Homero y,
caray (aguas, aguas), Ejército Nacional.
Rozadora, pescadora en el río revuelto
de las horas febriles; ladrona de mi mala suerte,
abyecta cómplice del "dos de bastos",
hembra de los flancos
como agua endemoniada;
cachondísima hasta la parada en seco
del autobús de la Muerte.
Alabada seas, bandida de mi lerda conmiseración.
Escorpiona te llamas, Cancerita, Cangreja,
amada hasta la terminal, hasta el infinito trasero
que me despertó imbecilizado en el boulevard
¡Miguel de Cervantes Saavedra y demás clásicos!
Porque luego de tus acuciosos frotamientos

y que cada quien llegó a donde quiso llegar
(para eso estamos y vivimos en un país libre)
hube de regresar al lugar del crimen
(así llamo a mi arruinado departamento de Lope de Vega),
y pues me vine, sí, me vine lo más pronto posible
en medio de una estruendosa rechifla celestial.

Adoro tu nalga derecha, tu pantorilla izquierda
tus muslos enteritos, lo adivinable y calientito,
tus pechitos pachones
y tu indigno, antideportivo comportamiento.
Que te asalten, te roben, burlen, violen,
Nariz de Colibrí, Doncella Serpentina,
Suripantita de Oro, Cabellitos de Elote,
porque te amo y alabo desde lo alto de mi aguda marchitez.

Hoy debo dormir como un bendito
y despertar clamando en el desierto de la ciudad
donde el Juárez-Loreto que algún día compraré
me espera, como un palacio espera, adormilado,
a su viejo-príncipe-poeta
soberbiamente idiota.

Puerto Ángel

Una gringuita así de bella y fresca y mariguana
pedía a los suyos una raid un aventón a Puerto Ángel.
Cenía sus todavía bien duras nalgas
con una mezclilla vieja de muchos amaneceres
y la rotundez de su pecho, eso sí,
doraba la mañana de los laureles oaxaqueños.
El café me supo a cerveza agria porque, pensaba yo,
con dos o tres mil pesos cash, cashondamente,
con semejante preciosidad chulonamente amorosa y
originaria de alguna paupérrima pero diabólica Sexoville,
Texas, yo jalaría de inmediato hacia
y hasta un Puerto Ángel
Que no conozco
que francamente no me interesa conocer
porque me duele la desnudez en las playas
(y en las camas)
y entonces ella
que se llama Alice, Mary, Betunia, Patricia,
Oropéndola,
Me diría que no siempre que nunca no
que eternamente no
Because 'cause...
Al día siguiente, martes, frustrado hasta
la más febricitante náusea antiperialista
subiría de pie –lo juro- hasta los adoratorios

de nuestro Monte Albán, David,
a pedir a los dioses perdón
por todas
mis altísimas bajezas.

Efraín Huerta (Silao, 1914-1982) en su adolescencia vivió en Ciudad de México y estudió en San Ildefonso. Se inscribió en la carrera de leyes, que no terminó, y en los años treinta colaboró con la revista *Taller*, fue militante del Partido Comunista en los años de entreguerras, el ascenso del fascismo, la Guerra Civil Española y el régimen de Lázaro Cárdenas, cuando aparecieron los primeros manifiestos del Surrealismo y el apogeo del nacionalismo en la pintura mexicana. Sus primeros libros de poemas delatan ya al poeta desenfadado y de ácidas ironías de la madurez. Un poeta urbano, erótico, colérico y enternecedor que también escribió poemas mínimos plenos de humor.

Aun cuando todavía se le considera un poeta político y erótico, no hay duda que fue una suerte de Kavafis o Dámaso Alonso mexicano, que desde su libro *Los hombres del alba*, de los cuarenta, hasta *Dispersión total*, de los ochenta, fue trazando el perfil de una ciudad enorme plena de misterios, donde se podía deambular en altas horas de la noche buscando las ventanas iluminadas de los edificios donde alguna mujer se disponía a entrar en el sueño o era la última esperanza de ver a la amada, colándose furtivamente, de repente, en alguna fiesta donde nadie lo había llamado. Poemas que son hoy un Baedeker lírico de una gigantesca urbe que no duerme nunca.

Octavio Paz

Piedra de Sol

La treizième revient…c'est encor la première;
et c'est toujours la seule-ou c'est le seul moment;
car es-tu reine, ô toi, la première ou dernière?
es-tu roi, toi le seul ou le dernier amant?
Gérard de Nerval (Arthémis)

Un sauce de cristal, un chopo de agua,
un alto surtidor que el viento arquea,
un árbol bien plantado mas danzante,
un caminar de río que se curva,
avanza, retrocede, da un rodeo
y llega siempre:
un caminar tranquilo
de estrella o primavera sin premura,
agua que con los párpados cerrados
mana toda la noche profecías,
unánime presencia en oleaje,
ola tras ola hasta cubrirlo todo,
verde soberanía sin ocaso
como el deslumbramiento de las alas
cuando se abren en mitad del cielo,

un caminar entre las espesuras
de los días futuros y el aciago
fulgor de la desdicha como un ave
petrificando el bosque con su canto

Octavio Paz

y las felicidades inminentes
entre las ramas que se desvanecen,
horas de luz que pican ya los pájaros,
presagios que se escapan de la mano,

una presencia como un canto súbito,
como el viento cantando en el incendio,
una mirada que sostiene en vilo
al mundo con sus mares y sus montes,
cuerpo de luz filtrado por un ágata,
piernas de luz, vientre de luz, bahías,
roca solar, cuerpo color de nube,
color de día rápido que salta,
la hora centellea y tiene cuerpo,
el mundo ya es visible por tu cuerpo,
es transparente por tu transparencia,

voy entre galerías de sonidos,
fluyo entre las presencias resonantes,
voy por las transparencias como un ciego,
un reflejo me borra, nazco en otro,
oh bosque de pilares encantados,
bajo los arcos de la luz penetro
los corredores de un otoño diáfano,

voy por tu cuerpo como por el mundo,
tu vientre es una plaza soleada,
tus pechos dos iglesias donde oficia
la sangre sus misterios paralelos,

mis miradas te cubren como yedra,
eres una ciudad que el mar asedia,
una muralla que la luz divide
en dos mitades de color durazno,
un paraje de sal, rocas y pájaros
bajo la ley del mediodía absorto,

vestida del color de mis deseos
como mi pensamiento vas desnuda,
voy por tus ojos como por el agua,
los tigres beben sueño de esos ojos,
el colibrí se quema en esas llamas,
voy por tu frente como por la luna,
como la nube por tu pensamiento,
voy por tu vientre como por tus sueños,

tu falda de maíz ondula y canta,
tu falda de cristal, tu falda de agua,
tus labios, tus cabellos, tus miradas,
toda la noche llueves, todo el día
abres mi pecho con tus dedos de agua,
cierras mis ojos con tu boca de agua,
sobre mis huesos llueves, en mi pecho
hunde raíces de agua un árbol líquido,

voy por tu talle como por un río,
voy por tu cuerpo como por un bosque,
como por un sendero en la montaña
que en un abismo brusco se termina

voy por tus pensamientos afilados
y a la salida de tu blanca frente
mi sombra despeñada se destroza,
recojo mis fragmentos uno a uno
y prosigo sin cuerpo, busco a tientas,

corredores sin fin de la memoria,
puertas abiertas a un salón vacío
donde se pudren todos lo veranos,
las joyas de la sed arden al fondo,
rostro desvanecido al recordarlo,
mano que se deshace si la toco,
cabelleras de arañas en tumulto
sobre sonrisas de hace muchos años,

a la salida de mi frente busco,
busco sin encontrar, busco un instante,
un rostro de relámpago y tormenta
corriendo entre los árboles nocturnos,
rostro de lluvia en un jardín a obscuras,
agua tenaz que fluye a mi costado,

busco sin encontrar, escribo a solas,
no hay nadie, cae el día, cae el año,
caigo en el instante, caigo al fondo,
invisible camino sobre espejos
que repiten mi imagen destrozada,
piso días, instantes caminados,
piso los pensamientos de mi sombra,

piso mi sombra en busca de un instante,

busco una fecha viva como un pájaro,
busco el sol de las cinco de la tarde
templado por los muros de tezontle:
la hora maduraba sus racimos
y al abrirse salían las muchachas
de su entraña rosada y se esparcían
por los patios de piedra del colegio,
alta como el otoño caminaba
envuelta por la luz bajo la arcada
y el espacio al ceñirla la vestía
de un piel más dorada y transparente,

tigre color de luz, pardo venado
por los alrededores de la noche,
entrevista muchacha reclinada
en los balcones verdes de la lluvia,
adolescente rostro innumerable,
he olvidado tu nombre, Melusina,
Laura, Isabel, Perséfona, María,
tienes todos los rostros y ninguno,
eres todas las horas y ninguna,
te pareces al árbol y a la nube,
eres todos los pájaros y un astro,
te pareces al filo de la espada
y a la copa de sangre del verdugo,
yedra ue avanza, envuelve y desarraiga
al alma y la divide de sí misma,

escritura de fuego sobre el jade,
grieta en la roca, reina de serpientes,
columna de vapor, fuente en la peña,
circo lunar, peñasco de las águilas,
grano de anís, espina diminuta
y mortal que da penas inmortales,
pastora de los valles submarinos
y guardiana del valle de los muertos,
liana que cuelga del cantil del vértigo,
enredadera, planta venenosa,
flor de resurrección, uva de vida,
señora de la flauta y del relámpago,
terraza del jazmín, sal en la herida,
ramo de rosas para el fusilado,
nieve en agosto, luna del patíbulo,
escritura del mar sobre el basalto,
escritura del viento en el desierto,
testamento del sol, granada, espiga,

rostro de llamas, rostro devorado,
adolescente rostro perseguido
años fantasmas, días circulares
que dan al mismo patio, al mismo muro,
arde el instante y son un solo rostro
los sucesivos rostros de la llama,
todos los nombres son un solo nombre
todos los rostros son un solo rostro,
todos los siglos son un solo instante
y por todos los siglos de los siglos

cierra el paso al futuro un par de ojos,

no hay nada frente a mí, sólo un instante
rescatado esta noche, contra un sueño
de ayuntadas imágenes soñado,
duramente esculpido contra el sueño,
arrancado a la nada de esta noche,
a pulso levantado letra a letra,
mientras afuera el tiempo se desboca
y golpea las puertas de mi alma
el mundo con su horario carnicero,

sólo un instante mientras las ciudades,
los nombres, lo sabores, lo vivido,
se desmoronan en mi frente ciega,
mientras la pesadumbre de la noche
mi pensamiento humilla y mi esqueleto,
y mi sangre camina más despacio
y mis dientes se aflojan y mis ojos
se nublan y los días y los años
sus horrores vacíos acumulan,

mientras el tiempo cierra su abanico
y no hay nada detrás de sus imágenes
el instante se abisma y sobrenada
rodeado de muerte, amenazado
por la noche y su lúgubre bostezo,
amenazado por la algarabía
de la muerte vivaz y enmascarada

el instante se abisma y se penetra,
como un puño se cierra, como un fruto
que madura hacia dentro de sí mismo
y a sí mismo se bebe y se derrama
el instante translúcido se cierra
y madura hacia dentro, echa raíces,
crece dentro de mí, me ocupa todo,
me expulsa su follaje delirante,
mis pensamientos sólo son su pájaros,
su mercurio circula por mis venas,
árbol mental, frutos sabor de tiempo,

oh vida por vivir y ya vivida,
tiempo que vuelve en una marejada
y se retira sin volver el rostro,
lo que pasó no fue pero está siendo
y silenciosamente desemboca
en otro instante que se desvanece:

frente a la tarde de salitre y piedra
armada de navajas invisibles
una roja escritura indescifrable
escribes en mi piel y esas heridas
como un traje de llamas me recubren,
ardo sin consumirme, busco el agua
y en tus ojos no hay agua, son de piedra,
y tus pechos, tu vientre, tus caderas
son de piedra, tu boca sabe a polvo,
tu boca sabe a tiempo emponzoñado,

tu cuerpo sabe a pozo sin salida,
pasadizo de espejos que repiten
los ojos del sediento, pasadizo
que vuelve siempre al punto de partida,
y tú me llevas ciego de la mano
por esas galerías obstinadas
hacia el centro del círculo y te yergues
como un fulgor que se congela en hacha,
como luz que desuella, fascinante
como el cadalso para el condenado,
flexible como el látigo y esbelta
como un arma gemela de la luna,
y tus palabras afiladas cavan
mi pecho y me despueblan y vacían,
uno a uno me arrancas los recuerdos,
he olvidado mi nombre, mis amigos
gruñen entre los cerdos o se pudren
comidos por el sol en un barranco,

no hay nada en mí sino una larga herida,
una oquedad que ya nadie recorre,
presente sin ventanas, pensamiento
que vuelve, se repite, se refleja
y se pierde en su misma transparencia,
conciencia traspasada por un ojo
que se mira mirarse hasta anegarse
de claridad:
yo vi tu atroz escama,
Melusina, brillar verdosa al alba,

dormías enroscada entre las sábanas
y al despertar gritaste como un pájaro
y caíste sin fin, quebrada y blanca,
nada quedó de ti sino tu grito,
y al cabo de los siglos me descubro
con tos y mala vista, barajando
viejas fotos:
no hay nadie, no eres nadie,
un montón de ceniza y una escoba,
un cuchillo mellado y un plumero,
un pellejo colgado de unos huesos,
un racimo ya seco, un hoyo negro
y en el fondo del hoyo los dos ojos
de una niña ahogada hace mil años,

miradas enterradas en un pozo,
miradas que nos ven desde el principio,
mirada niña de la madre vieja
que ve en el hijo grande un padre joven,
mirada madre de la niña sola
que ve en el padre grande un hijo niño,
miradas que nos miran desde el fondo
de la vida y son trampas de la muerte
¿o es al revés: caer en esos ojos
es volver a la vida verdadera?,

¡caer, volver, soñarme y que me sueñen
otros ojos futuros, otra vida,
otras nubes, morirme de otra muerte!

esta noche me basta, y este instante
que no acaba de abrirse y revelarme
dónde estuve, quién fui, cómo te llamas,
cómo me llamo yo:
¿hacía planes
para el verano? y todos los veranos?
en Christopher Street, hace diez años,
con Filis que tenía dos hoyuelos
donde bebían luz los gorriones?,
¿por la Reforma Carmen me decía
"no pesa el aire, aquí siempre es octubre",
o se lo dijo a otro que he perdido
o yo lo invento y nadie me lo ha dicho?,
¿caminé por la noche de Oaxaca,
inmensa y verdinegra como un árbol,
hablando solo como el viento loco
y al llegar a mi cuarto ?siempre un cuarto?
no me reconocieron los espejos?,
¿desde el hotel Vernet vimos al alba
bailar con los castaños ? "ya es muy tarde"
decías al peinarte y yo veía
manchas en la pared, sin decir nada?,
¿subimos juntos a la torre, vimos
caer la tarde desde el arrecife?
¿comimos uvas en Bidart?, ¿compramos
gardenias en Perote?,
nombres, sitios,
calles y calles, rostros, plazas, calles,
estaciones, un parque, cuartos solos,

manchas en la pared, alguien se peina,
alguien canta a mi lado, alguien se viste,
cuartos, lugares, calles, nombres, cuartos,

Madrid, 1937,
en la Plaza del Ángel las mujeres
cosían y cantaban con sus hijos,
después sonó la alarma y hubo gritos,
casas arrodilladas en el polvo,
torres hendidas, frentes esculpidas
y el huracán de los motores, fijo:
los dos se desnudaron y se amaron
por defender nuestra porción eterna,
nuestra ración de tiempo y paraíso,
tocar nuestra raíz y recobrarnos,
recobrar nuestra herencia arrebatada
por ladrones de vida hace mil siglos,
los dos se desnudaron y besaron
porque las desnudeces enlazadas
saltan el tiempo y son invulnerables,
nada las toca, vuelven al principio,
no hay tú ni yo, mañana, ayer ni nombres,
verdad de dos en sólo un cuerpo y alma,
oh ser total...
cuartos a la deriva
entre ciudades que se van a pique,
cuartos y calles, nombres como heridas,
el cuarto con ventanas a otros cuartos
con el mismo papel descolorido

donde un hombre en camisa lee el periódico
o plancha una mujer; el cuarto claro
que visitan las ramas de un durazno;
el otro cuarto: afuera siempre llueve
y hay un patio y tres niños oxidados;
cuartos que son navíos que se mecen
en un golfo de luz; o submarinos:
el silencio se esparce en olas verdes,
todo lo que tocamos fosforece;
mausoleos de lujo, ya roídos
los retratos, raídos los tapetes;
trampas, celdas, cavernas encantadas,
pajareras y cuartos numerados,
todos se transfiguran, todos vuelan,
cada moldura es nube, cada puerta
da al mar, al campo, al aire, cada mesa
es un festín; cerrados como conchas
el tiempo inútilmente los asedia,
no hay tiempo ya, ni muro: ¡espacio, espacio,
abre la mano, coge esta riqueza,
corta los frutos, come de la vida,
tiéndete al pie del árbol, bebe el agua!,

todo se transfigura y es sagrado,
es el centro del mundo cada cuarto,
es la primera noche, el primer día,
el mundo nace cuando dos se besan,
gota de luz de entrañas transparentes
el cuarto como un fruto se entreabre

o estalla como un astro taciturno
y las leyes comidas de ratones,
las rejas de los bancos y las cárceles,
las rejas de papel, las alambradas,
los timbres y las púas y los pinchos,
el sermón monocorde de las armas,
el escorpión meloso y con bonete,
el tigre con chistera, presidente
del Club Vegetariano y la Cruz Roja,
el burro pedagogo, el cocodrilo
metido a redentor, padre de pueblos,
el Jefe, el tiburón, el arquitecto
del porvenir, el cerdo uniformado,
el hijo predilecto de la Iglesia
que se lava la negra dentadura
con el agua bendita y toma clases
de inglés y democracia, las paredes
invisibles, las máscaras podridas
que dividen al hombre de los hombres,
al hombre de sí mismo,
se derrumban
por un instante inmenso y vislumbramos
nuestra unidad perdida, el desamparo
que es ser hombres, la gloria que es ser hombres
y compartir el pan, el sol, la muerte,
el olvidado asombro de estar vivos;

amar es combatir, si dos se besan
el mundo cambia, encarnan los deseos,

el pensamiento encarna, brotan las alas
en las espaldas del esclavo, el mundo
es real y tangible, el vino es vino,
el pan vuelve a saber, el agua es agua,
amar es combatir, es abrir puertas,
dejar de ser fantasma con un número
a perpetua cadena condenado
por un amo sin rostro;
el mundo cambia
si dos se miran y se reconocen,
amar es desnudarse de los nombres:
"déjame ser tu puta", son palabras
de Eloísa, mas él cedió a las leyes,
la tomó por esposa y como premio
lo castraron después;
mejor el crimen,
los amantes suicidas, el incesto
de los hermanos como dos espejos
enamorados de su semejanza,
mejor comer el pan envenenado,
el adulterio en lechos de ceniza,
los amores feroces, el delirio,
su yedra ponzoñosa, el sodomita
que lleva por clavel en la solapa
un gargajo, mejor ser lapidado
en las plazas que dar vuelta a la noria
que exprime la substancia de la vida,
cambia la eternidad en horas huecas,
los minutos en cárceles, el tiempo

en monedas de cobre y mierda abstracta;

mejor la castidad, flor invisible
que se mece en los tallos del silencio,
el difícil diamante de los santos
que filtra los deseos, sacia al tiempo,
nupcias de la quietud y el movimiento,
canta la soledad en su corola,
pétalo de cristal en cada hora,
el mundo se despoja de sus máscaras
y en su centro, vibrante transparencia,
lo que llamamos Dios, el ser sin nombre,
se contempla en la nada, el ser sin rostro
emerge de sí mismo, sol de soles,
plenitud de presencias y de nombres;

sigo mi desvarío, cuartos, calles,
camino a tientas por los corredores
del tiempo y subo y bajo sus peldaños
y sus paredes palpo y no me muevo,
vuelvo donde empecé, busco tu rostro,
camino por las calles de mí mismo
bajo un sol sin edad, y tú a mi lado
caminas como un árbol, como un río
caminas y me hablas como un río,
creces como una espiga entre mis manos,
lates como una ardilla entre mis manos,
vuelas como mil pájaros, tu risa
me ha cubierto de espumas, tu cabeza

es un astro pequeño entre mis manos,
el mundo reverdece si sonríes
comiendo una naranja,
el mundo cambia
si dos, vertiginosos y enlazados,
caen sobre las yerba: el cielo baja,
los árboles ascienden, el espacio
sólo es luz y silencio, sólo espacio
abierto para el águila del ojo,
pasa la blanca tribu de las nubes,
rompe amarras el cuerpo, zarpa el alma,
perdemos nuestros nombres y flotamos
a la deriva entre el azul y el verde,
tiempo total donde no pasa nada
sino su propio transcurrir dichoso,

no pasa nada, callas, parpadeas
(silencio: cruzó un ángel este instante
grande como la vida de cien soles),
¿no pasa nada, sólo un parpadeo?
y el festín, el destierro, el primer crimen,
la quijada del asno, el ruido opaco
y la mirada incrédula del muerto
al caer en el llano ceniciento,
Agamenón y su mugido inmenso
y el repetido grito de Casandra
más fuerte que los gritos de las olas,
Sócrates en cadenas" (el sol nace,
morir es despertar: "Critón, un gallo

a Esculapio, ya sano de la vida"),
el chacal que diserta entre las ruinas
de Nínive, la sombra que vio Bruto
antes de la batalla, Moctezuma
en el lecho de espinas de su insomnio,
el viaje en la carretera hacia la muerte
?el viaje interminable mas contado
por Robespierre minuto tras minuto,
la mandíbula rota entre las manos?,
Churruca en su barrica como un trono
escarlata, los pasos ya contados
de Lincoln al salir hacia el teatro,
el estertor de Trotsky y sus quejidos
de jabalí, Madero y su mirada
que nadie contestó: ¿por qué me matan?,
los carajos, los ayes, los silencios
del criminal, el santo, el pobre diablo,
cementerio de frases y de anécdotas
que los perros retóricos escarban,
el delirio, el relincho, el ruido obscuro
que hacemos al morir y ese jadeo
que la vida que nace y el sonido
de huesos machacados en la riña
y la boca de espuma del profeta
y su grito y el grito del verdugo
y el grito de la víctima...
son llamas
los ojos y son llamas lo que miran,
llama la oreja y el sonido llama,

PALACIO DE BELLAS ARTES

brasa los labios y tizón la lengua,
el tacto y lo que toca, el pensamiento
y lo pensado, llama el que lo piensa,
todo se quema, el universo es llama,
arde la misma nada que no es nada
sino un pensar en llamas, al fin humo:
no hay verdugo ni víctima...
¿y el grito
en la tarde del viernes?, y el silencio
que se cubre de signos, el silencio
que dice sin decir, ¿no dice nada?,
¿no son nada los gritos de los hombres?,
¿no pasa nada cuando pasa el tiempo?

no pasa nada, sólo un parpadeo
del sol, un movimiento apenas, nada,
no hay redención, no vuelve atrás el tiempo,
los muerto están fijos en su muerte
y no pueden morirse de otra muerte,
intocables, clavados en su gesto,
desde su soledad, desde su muerte
sin remedio nos miran sin mirarnos,
su muerte ya es la estatua de su vida,
un siempre estar ya nada para siempre,
cada minuto es nada para siempre,
un rey fantasma rige sus latidos
y tu gesto final, tu dura máscara
labra sobre tu rostro cambiante:
el monumento somos de una vida

ajena y no vivida, apenas nuestra,

¿la vida, cuándo fue de veras nuestra?,
¿cuando somos de veras lo que somos?,
bien mirado no somos, nunca somos
a solas sino vértigo y vacío,
muecas en el espejo, horror y vómito,
nunca la vida es nuestra, es de los otros,
la vida no es de nadie, todos somos
la vida ?pan de sol para los otros,
los otros todos que nosotros somos?,
soy otro cuando soy, los actos míos
son más míos si son también de todos,
para que pueda ser he de ser otro,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia,
no soy, no hay yo, siempre somos nosotros,
la vida es otra, siempre allá, más lejos,
fuera de ti, de mí, siempre horizonte,
vida que nos desvive y enajena,
que nos inventa un rostro y lo desgasta,
hambre de ser, oh muerte, pan de todos,

Eloísa, Perséfona, María,
muestra tu rostro al fin para que vea
mi cara verdadera, la del otro,
mi cara de nosotros siempre todos,
cara de árbol y de panadero,

de chofer y de nube y de marino,
cara de sol y arroyo y Pedro y Pablo,
cara de solitario colectivo,
despiértame, ya nazco:
vida y muerte
pactan en ti, señora de la noche,
torre de claridad, reina del alba,
virgen lunar, madre del agua madre,
cuerpo del mundo, casa de la muerte,
caigo sin fin desde mi nacimiento,
caigo en mí mismo sin tocar mi fondo,
recógeme en tus ojos, junta el polvo
disperso y reconcilia mis cenizas,
ata mis huesos divididos, sopla
sobre mi ser, entiérrame en tu tierra,
tu silencio dé paz al pensamiento
contra sí mismo airado;
abre la mano,
señora de semillas que son días,
el día es inmortal, asciende, crece,
acaba de nacer y nunca acaba,
cada día es nacer, un nacimiento
es cada amanecer y yo amanezco,
amanecemos todos, amanece
el sol cara de sol, Juan amanece
con su cara de Juan cara de todos,

puerta del ser, despiértame, amanece,
déjame ver el rostro de este día,

déjame ver el rostro de esta noche,
todo se comunica y transfigura,
arco de sangre, puente de latidos,
llévame al otro lado de esta noche,
adonde yo soy tú somos nosotros,
al reino de pronombres enlazados,

puerta del ser: abre tu ser, despierta,
aprende a ser también, labra tu cara,
trabaja tus facciones, ten un rostro
para mirar mi rostro y que te mire,
para mirar la vida hasta la muerte,
rostro de mar, de pan, de roca y fuente,
manantial que disuelve nuestros rostros
en el rostro sin nombre, el ser sin rostro,
indecible presencia de presencias . . .

quiero seguir, ir más allá, y no puedo:
se despeñó el instante en otro y otro,
dormí sueños de piedra que no sueña
y al cabo de los años como piedras
oí cantar mi sangre encarcelada,
con un rumor de luz el mar cantaba,
una a una cedían las murallas,
todas las puertas se desmoronaban
y el sol entraba a saco por mi frente,
despegaba mis párpados cerrados,
desprendía mi ser de su envoltura,
me arrancaba de mí, me separaba

de mi bruto dormir siglos de piedra
y su magia de espejos revivía
un sauce de cristal, un chopo de agua,
un alto surtidor que el viento arquea,
un árbol bien plantado mas danzante,
un caminar de río que se curva,
avanza, retrocede, da un rodeo
y llega siempre:

México, 1957.

Octavio Paz (Mixcoac 1914-1998) fue criado por su madre Josefina Lozano, su tía Amalia Paz y su abuelo Ireneo Paz, un soldado retirado, liberal y novelista. Su padre, Octavio Paz Solórzano, fue abogado de Emiliano Zapata y participó en la reforma agraria que siguió a la Revolución y fue diputado. Hizo derecho en la UNAM y en 1937 fue a Yucatán como miembro de las misiones educativas de entonces, el mismo año que fue invitado en España al *II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura*. En 1944, con una beca Guggenheim, pasó un año en Estados Unidos, donde había vivido en su niñez. En 1945 entró en el Servicio Exterior Mexicano y fue enviado a París. Durante este periodo se aleja del marxismo al entrar en contacto con los poetas surrealistas y otros intelectuales europeos e hispanoamericanos. Llegando a la década de 1950 publica *Libertad bajo palabra* (1949), *El laberinto de la soledad* (1950), *¿Águila o sol?* (1951), y *El arco y la lira* (1956). Recibió el Premio Cervantes y el Nobel de Literatura.

Margarita Michelena

Carta Mauricio González de la Garza

Por los balcones deslumbrados de los ojos
nos asomamos otra vez al río.
Al río de Heráclito, por supuesto,
cuyo lomo que nunca será el mismo
nos acerca y se lleva
a la florida y puntual navegante
que vuelve a regalarnos
sus viejos y siempre asombrosos descubrimientos.
Su barca de guirnaldas
fondea en nuestra orilla.
Te invito a que saludes
a nuestra, visitante,
pues siempre ha sido bueno
-como me lo enseñaste-
que el mortal más o menos congojoso
mire lo que se da, lo que sonríe,
lo que venciendo el tiempo
dura de otra manera:
dura en la perfección,
en la belleza
(la belleza que cierto amigo nuestro
dio por perecedera tristemente,
todo por no saber que más perfecta
que el astro combustible
es la ley que lo mueve y lo gobierna).

Margarita Michelena

Bajo tu mirador angelizado
los árboles retejen su vestido
por una dulce, inapelable orden
que les dice que se acabó el silencio,
que terminó la desnudez heroica
y por puente de plata huye el invierno.
Que desde su principio inmóvil, sumergido,
hasta el último dedo,
tienen que recordar su amable oficio,
que reabrir su taller de maravillas,
que hacer girar sus ruecas
y poner en el aire
su anual casa de escándalos
para que el trino salte al viento vivo
y suelte amor las flechas de los pájaros.

Todo está ya poblándose de tibios acontecimientos.
Todo echa su aliento suave, calentado
en esta especie de apacible horno verde
en que ya se transforma el altiplano.
(Y ahora que lo pienso,
todo esto sucede año con año
y nadie sabe nunca cómo empiezan las cosas
Se las descubre siempre un poco tarde,
cuando ya no es posible contemplar cómo nacen
de las espumas soñolientas del invierno.
Uno tiene la culpa.
Uno se vuelve viejo.
Es decir, distraído.

Permite que los ojos encanezcan
y se antimaravillen
y que el alma se entristezca y abrume
en impropios quehaceres de sibila,
en necio cavilar mirada adentro).
Mas aquí está la reina que distribuye gratuitos premios,
que nos lanza abanicos de perfumes
y pone en cada oráculo su sello.
Delfos cierra por quiebra:
no humos de laurel. Vaho de flores.
Miremos a la alegre pasajera,
miremos su corona transitoria
y de otro modo eterna.
Ahora hay millones de cosas
que suceden feliz y velozmente.
Una mañana, por ejemplo,
se sabe que el jardín ya no dormía,
que había vuelto.
Abrió los ojos, sobresaltado por un trino,
y se vio que se le caía el sueño
de los párpados grises.
Todo cedió las manos, el cuerpo, las raíces,
y empezó a recordar cómo se hace lo verde,
cómo es que de tan de prisa y tan callando
se abre el telar universal que trama
hojas de seda, pétalos de aire,
cápsulas que no pueden guardar ya su secreto,
crisálidas de ceras impacientes.
Las ramas se sacuden su invernal

sentimiento de inferioridad,
bellas durmientes que desentumen dedos de plata.
Brillo a brillo va haciéndose el palacio
que el mundo habrá de echar por la ventana.
Pasan mil aéreos cortejos nupciales.
Y de arbusto en arbusto, las arañas
danzan sobre la cuerda floja
y hacen castillos en el aire.

Llegan las pardas turbas de gorriones
como manojos de hierba quemada.
No son precisamente ejemplos de cordura
y por ello resultan ejemplares.
Como la misma hoja en que aterrizan
no verán otro mayo.
Pero hoy se reparten a gritos los árboles
e izan delirantes oleadas de sonido
mientras dura la luz en que navegan,
briznas de gozo puro,
aladas perfecciones de un instante.
La higuera que hasta ayer era ceniza
-uno hubiera pensado: un soplo y se derrumba-
es ahora una cosa brillante
que ríe en cada punta,
un collar de fugaces esmeraldas,
un objeto de tránsito suntuoso
que da su sombra ancha.
El prado amarillo, que padecía una tristeza de asténico,
ha decidido de pronto que la vida es bella

y que daría cualquier cosa por volver a ser joven.
"Pensamiento es acción", dice la magia.
De manera que ha empezado a cubrirse
de pelusa tierna. Y más que prado
parece así un gran pájaro verde
con unas largas alas que ahora le amanecen
con todo el cielo encima centelleando.
Y la hiedra que miro mientras escribo esta carta
saca sus nuevos brazos,
reanuda su antigua vida de circo
y allá va, muro arriba,
con su alegre sombrilla de recuerdos
para guardar el equilibrio.

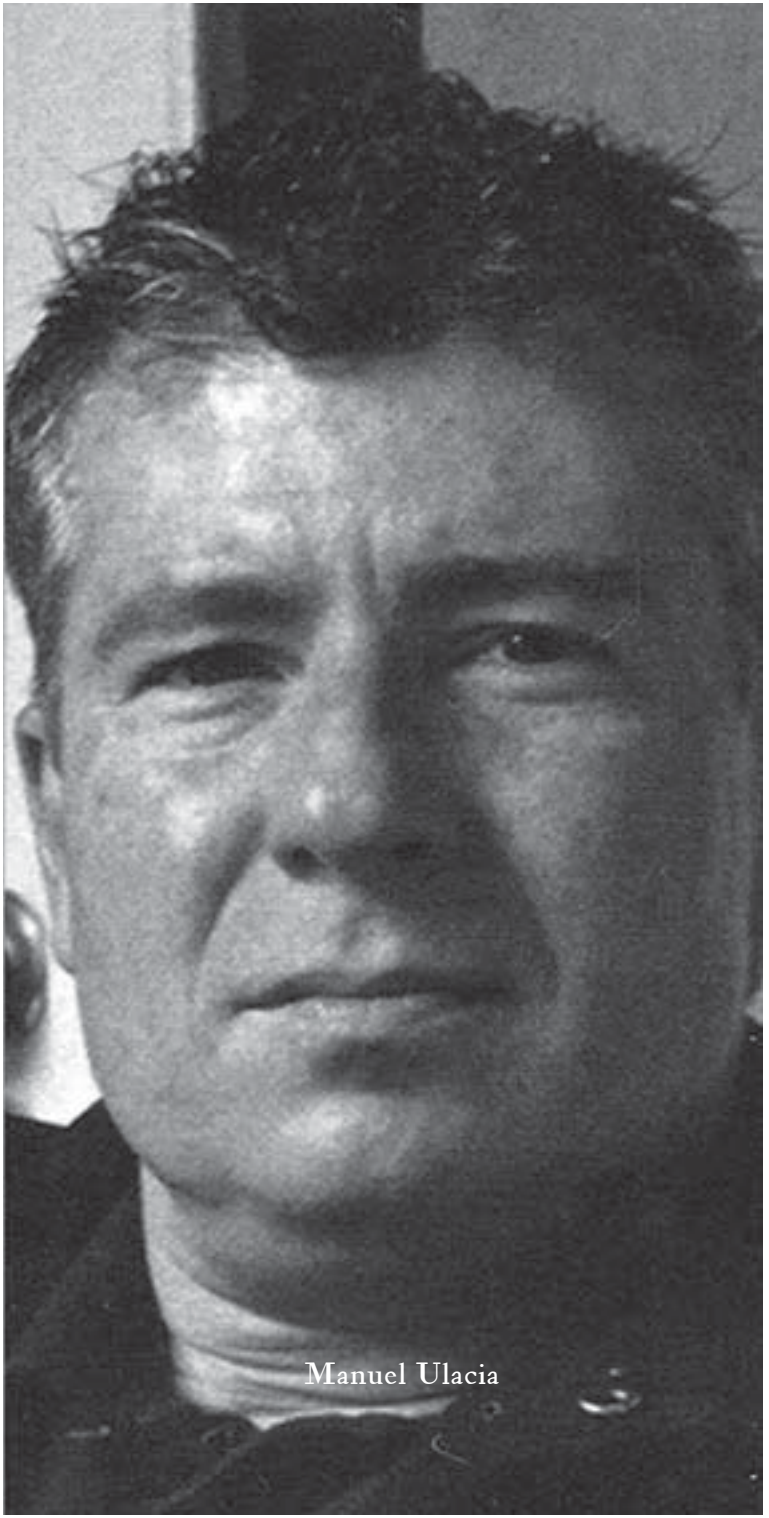
En fin, te comunico
que todo esto te aguarda.
Vuelve pronto a disfrutar de la fiesta
que es consuelo de los afligidos,
salud de los enfermos,
causa de nuestra alegría,
borrón y cuenta nueva.
(¿A quién se le ocurriría eso del "valle de lágrimas"

Margarita Michelena (Pachuca de Soto, 1917-1998), hizo estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México y comenzó a publicar en la revista América, junto a Emma Godoy, Griselda Álvarez y Guadalupe Amor. Fue Directora General del Departamento de Información de Turismo. Después, fundó el periódico Cuestión, donde reunió diversas escritoras y periodistas, con el objetivo de crear el primer diario a nivel mundial únicamente para mujeres. Más adelanté, colaboró con Excélsior y Siempre. La obra poética de Michelena fue publicada en *Paraíso y nostalgia*, (1945); *La tristeza terrestre*, (1954) y *El país más allá de la niebla*, (1969)

Manuel Ulacia

La tumba de Perséfone

Emergen tallos de la nieve,
velas que encienden la llama
en la tumba de mármol de Perséfone
—país del hielo y la Noche—,
narcisos de una nueva estación.
La tierra idéntica devuelve a la luz,
desde el impeno subterráneo de las sombras,
nuevos prados en el valle,
lago vegetal cuando sopla el viento,
donde Narciso en un mediodía
contempla la belleza:
el cielo azul, la silueta de los montes,
y en su misma llama, el sol quemante.



Manuel Ulacia

Ciudad de México

Ciudad, cuerpo mordido por dientes de humo,
la furia de la bestia en los motores
circula por arterias que unen puntos,
invisible trazo de constelaciones,
el cielo está sucio,
la noche se dibuja en vidrios rotos,
esponja que absorbe voces,
la luna brilla borrosa,
entre las cortinas de la luz
hay ojos que observan,
en los barrios antiguos manzanas mutiladas,
las fachadas de cantera se derrumban,
lotes baldíos, estacionamientos,
heridas de basura y maleza,
donde se construyen anémicos rascacielos
y en los arrabales hambrientos
casas de cartón,
escritura de la miseria,
bosque metálico de antenas de TV
cubren la superficie hasta el horizonte.
La ciudad duerme,
sólo se escucha
el paso del agua por las alcantarillas,
como una música melancólica.
En una ventana
arde la llama en la mirada de un gato.

Origami para un día de lluvia

Esta lluvia que bate los cristales
es la misma de ayer.
Oyes el golpeteo de sus gotas,
como un tamborileo
que no acaba jamás.
Hace tiempo que escribes.
Las horas se han pasado
y no te has dado cuenta.
Tu amigo trabaja en su habitación.
Hace diez años que están juntos.
Sin buscarlo lo hallaste.
En Sao Paulo llovía.
El azar teje encuentros
como la ciudad calles
que desembocan en la misma plaza.
Esta lluvia que bate los cristales
es la misma de ayer.
El rumor de sus gotas
ha estimulado el árbol de tus nervios.
Has vuelto a vivir lo que ya no existe.
Has ido y regresado.
En tu cráneo, tiempos y espacios
disimiles han pactado, creando
una estrella de varios picos
que apuntan todos hacia el infinito.

Te has encontrado en uno de los vértices
al niño que fuiste, mientras miraba
absorto la lluvia tras el cristal
y en los otros, al muchacho, al joven
y al adulto que fueron
el hijo de aquel niño.
Has caído en la búsqueda de tu ser
desde la alta cúspide de tu insomnio.
Has amado preso en la libertad del amor.
Has buscado por calles que se
borran en la bruma la intersección
de lo que captan los sentidos
con lo que intuye el sinsentido.
Has resucitado en Pascua Florida
al hallar en la nave
de una iglesia la Rosa de Sarón.
Has visitado un Santo.
Has sentido el calor de aquella luz
inexplicable que te hizo salir de tu cuerpo
una noche, mientras éste se fundía con el universo.
Has vuelto a amar.
Has sido para ser.
Buscas en este segundo que
pasa el concierto de todas
las fuerzas que te inventan.
Eres una partícula en la galaxia
que gira en la nada,
un ahora que se recuerda a sí mismo
en el parpadeo de los milenios.

Quien escucha llover ya es otro.
Está sentado en un cuarto futuro
que tú aún no conoces. Te contempla
salir de tu alcoba, cerrar la puerta
y caminar por el jardín en donde
respiras la humedad de la noche.
Esta lluvia que bate los cristales
es la misma de siempre.
[Fragmento]

NACHO
LOPEZ
SEARS

Fiesta en un jardín de Tánger

A medianoche,
cuando la bóveda
estaba cuajada de estrellas
y los cometas,
uno tras otro,
caían sobre el mar,
entraste en el jardín secreto
para hallar en él otro cielo:
cien tortugas llevaban
sobre el caparazón
una veladora encendida;
al caminar formaban
constelaciones imprevistas,
titilantes y luminosas rimas,
otra escritura,
por el azar creada.

Manuel Ulacia [Ciudad de México 1953-2001] estudió Arquitectura en la UNAM, la maestría y el doctorado en Letras en Yale University. Fue profesor en la Universidad de Alcalá de Henares y Yale. Tradujo a Haroldo de Campos y James Merrill. Publicó *La materia como ofrenda* (1980) y *Origami para un día de lluvia* (1990).

Viento

Bate el viento los cristales,
las murallas, los tejados;
en desvario se filtra
por rendijas y escaleras;
es percusión de timbales
en la torre y en el foso;
aliento grave de tubas
en el sendero que baja
al río; silbido agudo
en todas las chimeneas;
movimiento encadenado
en las copas de los árboles;
rápida fuga de nubes
en el cielo azul intenso.
Pausa. Eco. Silencio.
En el castillo no hay nadie.
El viento sopla por todas
partes incesante.
Algo en mí también se agita.
Tal vez seas tú, que llegas,
de repente, de muy lejos.

Rolando Rosas Galicia

Mi perra

Las niñas le tiran piedras.
Y las amas de casa mendrugos con veneno.
Mi perra,
mientras durmió conmigo,
fue inmaculada.
Pero un día de primavera
se fue a la calle.
Y el perfume de su sexo
entonces sólo mío
fue de la jauría.
Las carnes del "Duque",
del "Sultán",
del "Diablo"
y otros
miserables,
escuálidos,
florearon su capullo,
lo aguangaron.
Le dejaron sus pulgas y su rabia.
Y esta,
endemoniada comezón,
que con nada se quita.

Rolando Rosas Galicia

Los zapatos

Andan juntos, a todas partes van.
Uno solo es inservible, huérfano, cojo.
Son humildes, soportan los hongos, la comezón,
las heces de los perros.
Al filo del cansancio caen donde sea.

Como el agua al vaso
adquieren la forma del pie que los contiene.
A veces los veo alejarse en busca de otro niño
el que se cortó el dedo gordo en un basural.
En la crepitación de fuego
o bajo el salitre claustrofóbico
estarán conmigo.
Ellos saben aquello de morder el polvo.

Olvidos

Nacen con nosotros
Salen a la luz impregnados de nuestra carne
Son ancestrales en cada trozo
en cada fibra de nuestro cuerpo
Por ellos sobrevivimos
A veces son gatos apareándose a media noche
En otras la gata ciega agarrada a una rata
y los dos matándose por todo el patio
A donde vayas, vamos contigo, me dicen al oído
Murmuran a la mitad de la pesadilla
y estoy desnudo del ombligo a los pies
Casi siempre están hambrientos: escríbenos, me ordenan
Yo tomo el colador, los dejo caer
y el viento se lleva el basural
Un delgado hilo de finísimo polen me baña
me viste y entonces entro a las sombras
No tengo miedo.

Jardinería

Todos los días hago un jardín para que lo vivas,
podo las ramas secas del rosal y me quiebro.
Barbecho a pesar de ti.
Sé que te duele que quite la ponzoñosa ortiga,
la amapolita, el acahual y el doloroso cardón.
Déjalos ahí, que crezcan como si no estuviéramos, me dices.
Es tu infancia en el Mezquital.
Obsesivo en remover la tierra
escucho el rumor negruzco de la tierra chinampera,
arrastro mis dedos, estrío mis uñas al colar
y hago montones de yerbajos y piedras.
Luego amargo y festivo me siembro
como deben sembrarse las semillas, hacia adentro.

Rolando Rosas Galicia (San Gregorio Atlapulco, 1954), estudió en la Escuela Normal Superior y la Universidad Iberoamericana. Iniciado en la poesía en talleres literarios publicó su primer libro, *En alguna parte ojos de mundo*, en 1980, donde con mitos y personajes reconstruye la memoria colectiva de las gentes. Su obra ha sido reunida en *Caballo viejo y otros poemas* [2008] y *Quebrantagüesos y otros poemas* [2012].

Caballo viejo

XII
Dile dolor al cuerpo así se llama.
Dile que muera que maldiga el llanto de la nodriza.
Es oscuro acanto la carne dolorida del que mama.

Dile dolor acércale la flama punzante a la pupila.
De amaranto es la semilla cruel que suda tanto amor
y quema suave en débil rama

Cruje allí la pasión.
Es disecado animal carne en bruto la esperanza.
Agua fugaz de un tiempo malogrado.
Todo dolor es bueno en la labranza.
Toda semilla es pura en lo escarbado.
Si la mancuerna es dura y no se cansa.

XIII
Es mi agrio corazón el que se ofrece.
Ácimo pan sobre la limpia mesa.
Pártelo en dos y mira cómo brota la saliva espesa de sal.
Bestia oscura y ciega.

Pruébalo apenas y si encuentras su odio
sabes que no es el mar lo que tú escuchas.
A la distancia cruje la osamenta del que sueña.

Es el grito silencioso del suicida.

Traga su sangre amarga.
Bebe en su río / busca en el fermento.
Si encuentras algo de ternura apártala.
Los vinos dulces curten paladares dóciles.
Nunca el grito.
Más aguzado el gusto date rienda suelta.
Devóralo.

XVI
Sólo en el amor el cuerpo
se baña dos veces en el mismo río.
Sólo en su pantano el amante ofrece su pureza.
Y la mancha es la señal del abismo.
Puede olerse en su palabra la lujuria.
Beber su rebosante vaso de vinagre.
Sólo en el amor se transforma el cuerpo.
Su palabra seduce / corrompe al oído.
Se diluye en brebajes cristalinos / en amasijos de yerba.
Entra la sangre como una pus poderosa
y uno quiere mirarse largamente /
contemplar su dicha / no tocarla.
Porque en la entrega todo es fácil.
Enredarse en el ritual / brama de víbora sedienta.
Hasta morder el polvo.
[Fragmentos]

Minerva Margarita Villarreal

Fuego en el centro de la página

Fuego en el centro de la página
emanación que eleva entre celdas
el oro del lenguaje
en busca de otro cielo
que herida y muy enferma estoy de amores
Lenguas de su detenimiento
en ese campo blando la batalla
en torno a Amor
bajo la medialuna
helechos y ríos de cadencias
aves y olas de lagartos
entre hojas de espuma y borradores
cércame de manzanas y de olores
desátame de trabas
de túnicas
sandalias
asciende ya conmigo tus muslos tu albedrío
que herida y muy enferma estoy de amores

Signos de brazos que acarician
Abre tus ojos
adéntrame en la balsa de tu lecho
estáncame de rutas que se cruzan
(cércame de manzanas y de olores
que herida y muy enferma estoy de amores)

Minerva Margarita Villarreal

La fiebre del deseo
que viaja en el palacio de la página
No hay más techo que estrellas
No hay más lluvia
No hay cimiento asidero
ni granito ni mármol o alfombra meditada
Como espejo la colcha
en la playa del lecho
bajo la medialuna
Todo fuego es un río
que ilumina
con ansia
los cuerpos que se aman
Sus lenguas entrelazan
trascienden ya la página
apuntan destemplando el mentiroso muro
que herido y muy enfermo estás de amores

Esta herida

Esta herida mana bajo los cielos
mana de sus cabellos
tu cuello
la espalda
la piel más mármol
y durazno
el pelo alzado
Puedo entrar al silencio
que de golpe da el agua
puedo entrar a la calma
que es silencio que llama
puedo entrar a la llama
que desgrana la herida
un jarro un vientre
grifos de largo pico
La cicatriz también es un pasillo
de manos breves
de pétalos serenos
Al borde del estanque
al fondo de la alcoba
el silencio brilla
mece tus años acaricia
Álamos de la alfombra
sabinos entre sábanas
la casa iluminada

desde tu fuego brota
y esta muchacha espera
Bajo los cielos
cercados de ventanal y muro
clausuradas las puertas las aldabas
presas que el espacio cercena
ellos trenzan sus astas
embisten a lo ancho lo bajo
del pecho lo hondo
Tras los cristales cerros
ciervos
Ojos por la herida
cuellos
Herida de Dios
Esta herida mana bajo los cielos
mana de tus cabellos
la espalda
la piel más mármol
y durazno
el pelo alzado
pude entrar al silencio
del agua
pude entrar a la llama
La cicatriz también
es un pasillo un vientre
y al borde del estanque
una muchacha
asoma como si se entregara

Sueño de un lienzo

Sueño de un lienzo
en la ruta del agua
los zapatos de noche
en la lluvia cerrada
De noche
mis zapatos
se internan
se derraman
Somos un sueño
en la ruta del agua
Zapatos de la noche
que interna se derrama
en busca de esos barcos
que flotan por mi casa.

La casa

La casa que construiste fue arrasada
Vi como sucedió
como se desprendían paredes y ladrillos
El techo voló
sobre los huesos
y el paisaje entre la hierba abrió
echó raíces bajo las plantas de mis pies
Estoy anclada
y esta casa mojada por la lluvia
esta casa azotada por el viento
hecha polvo
y materia que crece
Esta casa soy yo.

Minerva Margarita Villarreal [Montemorelos, 1957] es licenciada en sociología y maestra en letras españolas por la Universidad Autónoma de Nuevo León. Ha publicado los libros de poesía *Hilos de viaje* (1982), *Herida luminosa (2008)* y *Tálamo* (2011). Ha recibido el Premio Alfonso Reyes, Jaime Sabines o el Juana Inés de la Cruz Letras del Bicentenario.

Juan Carlos Bautista

Diabla la grande

No era bonita Diabla la Grande,
había en su cara bestialidad
y la recorría ponzoñoso un viento sin recodos.
Y, sin embargo,
era un caballo-lirio vestido de mujer,
un montón de rosas oscuras
reclamando caricia en las espinas.
Diabla reía
y su risa era un ensimismamiento de piedra viva,
un relámpago en la noche inútil del Marrakech.
Larga,
como una serpiente su cuello,
tumbada en camastros de hotel,
desatada del mástil del día,
entre risitas roncas
y colores a punto de pudrirse,
amando su perdición,
el alcohol de su sangre
y su muerte.
La recuerdo olorosa a cerveza y vómito
el día que la dejó Pascual
y supo
que los oscuros solo de amor quieren morir,
y de vergüenza.

Juan Carlos Bautista

La maestra de baile

El baile también es una forma sagaz de volar
para quien carece de alas.
Es una forma del arrebato para quien carece de locura.
Es un modo de escapar para quien no tiene puertas,
pero tiene un cuerpo, tiene dos cuerpos,
y una manera erecta de arder.
Esto, claro, me hace recordar el triste
caso de la maestra de baile.
La maestra, la sola,
que se ponía una gardenia sedienta en el peinado
y un vestido nupcial de corto vuelo,
para ejercer el baile en el temor de sus días
como una garza en un campo minado.
La maestra, ojos de extravío,
nerviosita,
un poco bebida a veces,
con esa forma de reír tan agobiante
y su aristocracia de solterona,
lamida por el molusco de la virginidad,
todos los días, todas las noches.
En el salón de baile entraba como una reina,
casi loca,
preciosista hasta la autodestrucción,
para después ir cayendo,
golpeándose contra otros cuerpos,

contra la oscuridad,
contra la música.
La hallaron desnuda
en la sala de su departamento,
con los tacones calcinados,
vacía ya la lumbre roja de ese charol,
y la gardenia pisoteada.
Sólo las huellas delataron al asesino
— ¡no era un bailarín natural!—,
huellas del rebusque y de la fuga,
mojadas en sangre,
machacadas en el piso
1-2-3
1-2-3
(vuelta)
1-2-3
con la precisión dogmática de una lección de baile.

Puto decía en las frentes

Puto decía en las frentes,
puto en las paredes pompeyanas del inodoro,
puto en las manos sebosas
y en los muros ignorados, escrito con odio:
pe de puto en los ojos cuando hacían esas hipérboles,
esas elipsis.
cuando se iban al techo, a la nuca,
la niña desmayada entre secreciones y ronca risa:
puto en esas visiones repentinas,
en esos gestos movedizos,
en la cadera, su abrupta estatua,
sus lentas, desaforadas descripciones:
puto en la locura doliente desde los ojos
como pájaros escapándose
a un cielo que respira su trágico y su cómico,
y se deja caer por el lujo de contemplarse en esa prisa:
y el dedo que rayaba las sábanas,
tan triste y tan digno,
luego removiéndose entre risas,
detenido en el aire, diciéndolo:
"pues sí,
morena (y puto) soy porque el sol me quemó,
¡oh, hijas de Israel!

Rezo coral por la tamalera asesina

Señor: perdónala Tú,
perdona a la mujer que hizo tamales al marido.
A la mujer que no lloró
y, antes bien, se dobló de placer
al hundir los dedos en la masa
y la manteca.

Perdónala:
era sólo una golosa
y en todo caso, una arrebatada,
una delirante.

¿Quiénes somos nosotros para juzgar su locura
cuando los tamales estaban buenísimos?

Perdónala:
no es poca cosa lograr delicia
de una carne embrutecida y vil.

No la juzgues a ella,
juzga su obra: la mezcla perfecta
de la carne del cerdo con la salsa dulce y picante del morita.

¡Perdónala! ¡Perdónala!

Retén su gesto de Verónica
cuando los periodistas llegaron
y le pidieron, para la foto,
que blandiera el cuchillo como una trágica.

Temblaba, Señor, temblaba
porque los olores la transían aún,
y ella iba abriéndose a las intuiciones de su lengua.

El Cantar del Marrakech

Tras cortinas de nervios y mareos,
catedral hundida en su sueño
entre onirias agazapadas,
estaba el Marrakech.

Las rocolas echaban a volar sus cuervos
y las locas,
de risas lentejuelas
empapaban el aire de miradas.

Las liosas, las dulces, las tibias, las acedas:
nacidas de su amor asustadizo
y del humo triste de la sodomía.
Con sus gestos como puños
y las manos llenas de fervor, ladraban:
vírgenes verriondas
de tardes en declive y noches sin tregua,
tendidas bajo el sol bajuno de las lámparas.

En el Marrakech eran soberanas,
cerraban las piernas como señoritas y reían como putas.
Oscuras y alegres como algo que va a morir.

Ellas,
las sin vértice,

con el vinagre siempre en la enagua
y la sed,
y el ardor de esa sed.

Iban al Marrakech inhalando olor de puertos
y ciudades de noche.
Reinas amarillas,
amoratadas,
subidas de color.
Reinas de melancólico fumar
que oteaban descaradas el pez de los hombres,
tras pestañas egipcias y dolencias abisinias.
Henchidas de presentimientos,
fieles a su embuste,
ligeras y estridentes como plumas,
paseaban su oído, su ternura,
su culo espléndido,
entre el azar de las mesas,
girando con el hábito furioso del insecto.

Iban al Marrakech y lo llamaban alegremente: El Garra
El Marrakech o El Marranech.
Hechizadas ante ese nombre crispado y su conjuro.

-Vamos al Garra, querida.
Hay una loca que da vueltas.
Hay una bicicleta que camina sola.
Hay un hombre que se hinca frente a su verga
como frente a una cruz.

Hay esfínteres que son grandes oradores.
Hay un cábula lamiéndoles las ínfulas.
Hay un gandul con la garganta a media furia.
Hay un niño con los ojos cerrados.
Hay paredes pasándose de verdes.
Hay una loca que camina sola,
como una bicicleta sola,
tan sola que da miedo.
-Vamos al Marrakech, querida.

Y las nalgas se inflaban.
Y los culos se abrían como boquitas.
[Fragmentos]

En el miadero

En el miadero,
largo y solemne como un abrevadero de caballos,
los hombres levitan como iluminados.
Se hincan,
echan a beber la bestia fabulosa;
alguien alarga su sexo como una dádiva:
esa cabrona dama de la caridad.

En el miadero los hombres cierran filas,
se empapan en orines,
untan los muslos
y se abrazan como en el último día del Sexo.
Triste abrevadero de caballos
donde las miradas corren en declive
y las manos,
inocentes y abyectas,
se encienden de barroca necesidad.
Ahí, entre paredes garrapateadas,
los cuerpos chocan contra sus sombras.

Los mingitorios callan supersticiosamente.

Triste, triste abrevadero de caballos:
el sonido de los chorros recrea la furia,
no hay tiempo para las grandes pasiones,
brincan los niños,
enloquecen.

Hugo

Obligado por la resaca
un minuto se quedó callado,
mojó de cerveza sus labios
y su sombra fue húmeda y amarilla.
(Su respiración de fruta casi se podía morder).

17 años: ésa era la cosa.
Se asomaba el ojo del ombligo y entre sus piernas
su sexo niño no dormía ni dejaba dormir.

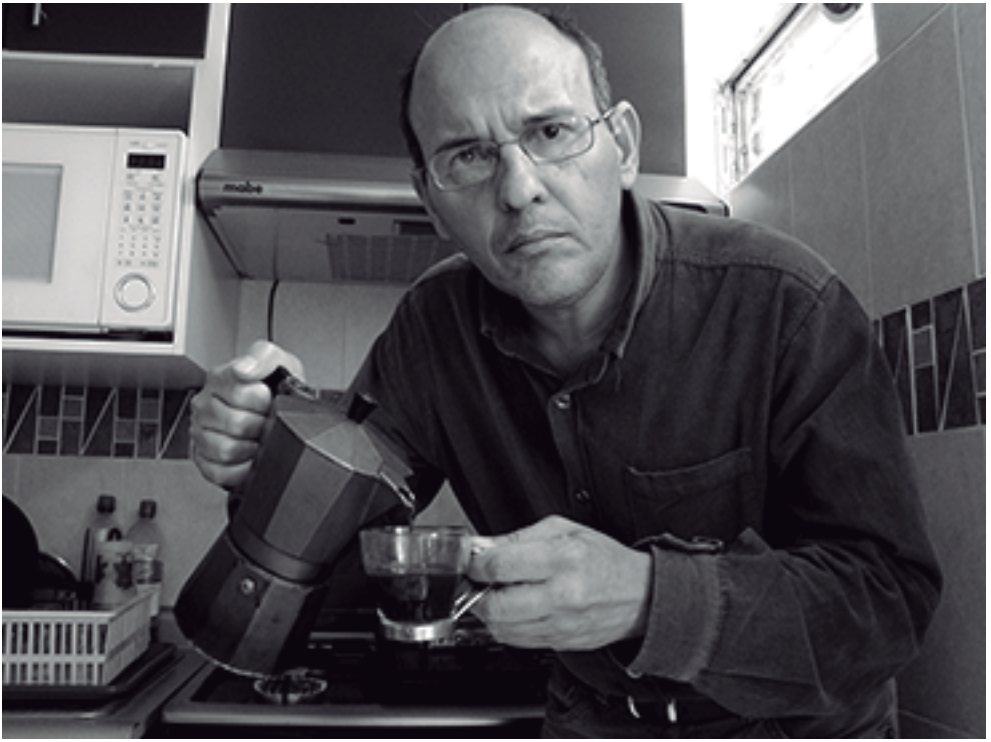
Hugo:
la cantina levantando sus estípites alrededor
de tu indolencia,
la noche que susurraba para tu pie desnudo
y despiadado,
todo se explicaba por ti.

Todo,
incluso la realeza de las cuinas,
su labio desbordado,
ese festín agrio
que las hundía de pronto en un tiempo duro,
con la sangre burlando su forma de raíz.

No era épica aún tu virilidad,

pero tu dulzura gramosa
levantaba pendones empapados
y las vergas en su laberinto
hacían un ruido intolerable.
Sin que tú lo advirtieras, Hugo,
sin que pudieras vencer el peso
que te embrocaba sobre la tierra,
entre la soldadesca ávida
y bajo la mirada caliente y negrísima de tus enemigas.

Juan Carlos Bautista (Tonalá, 1964) estudió Comunicación en la UNAM, fue becario del Centro Mexicano de Escritores y el Fonca de Jóvenes Creadores. Ha publicado *Lenguas en erección* (1990), *Cantar del Marrakech* (1993), *Bestial* (2003) y *Aluvión de pensamientos inútiles y sublimes* (2010), *México se escribe con J. Una historia de la cultura gay* (2010).



Yuri Valecillo [Valencia de Venezuela, 1961], hizo estudios en la Escuela de Artes Arturo Michelena de su ciudad natal y la *Ecole Française de Photographie* de París. Durante algunos años trabajó para el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Bolivariana, pero por más de tres décadas y de manera continuada, ha colaborado en numerosos medios visuales y periodísticos de Europa y América Latina y ha expuesto en capitales como Varsovia, México, La Habana, Caracas, Managua o El Salvador. Según Larry Mejía, *"el discurso fotográfico de Yuri Valecillo alinea su pensamiento, entre, un fanal feroz y un corazón, que no cesa de latir por la probidad que reclama. Sus imágenes distan de lo convencional, contienen connotaciones que van más allá del instante atrapado. El proceso histórico que determina la relación entre el fotógrafo y sus protagonistas, sugiere al espectador trascender la escena representacional de las identidades, y armar un conjunto inédito de significados y significantes, que produzcan una lectura que comunique la expresión emocional de la composición gráfica. Las imágenes-relatos que Valecillo comparte con su público son documentos transparentes. Dentro del contexto contemporáneo de la fotografía venezolana, su obra ofrece una mirada siempre en tránsito al borde de la obsesión, por la búsqueda compulsiva del costado más lacerado."

Trepado en mí

Trepado en mí
casi no hacía ruidos,
pero desaforadamente
su bestia comía de mi culo.
Un hombre silencioso en tiempos de guerra.

Este hambriento —dije— es mi hermano.
Y me abrí delicadamente
como un jacinto a la pisada del buey.

Le di agua de mi boca,
manos que fueron pañuelos para su frente,
mi espalda como un pan
y ojos que supieron cerrarse a tiempo.

Trepado en mí,
dije este hombre es mi hermano
y lo quiero
porque somos igual de pobres
y estamos igual de hambrientos.

Juan Carlos Bautista